



DIOCESE OF PATERSON

Diocesan Center
777 Valley Road
Clifton, New Jersey 07013

Office of
THE BISHOP

(973) 777-8818 Fax (973) 777-8976

CARTA PASTORAL, CUARESMA 2014

LA CRUZ Y EL HIJO PRÓDIGO: MISERICORDIA REVELADA DE DIOS

A todos los fieles, religiosos, diáconos y sacerdotes:

*A vosotros, gracia y paz abundantes por el conocimiento
de Dios y de Jesús nuestro Señor.*

(2 P 1:2).

Al entrar en el tiempo sagrado de Cuaresma, la reflexión sobre la misericordia de Dios nos lleva al arrepentimiento y reconciliación con Dios y de unos con otros y las promesas de verdadero regocijo en la Pascua. Jesús enseñó excepcionalmente qué es la misericordia de Dios, en la parábola del Hijo Pródigo (Lc 15: 11-32). Esta parábola nos hace ver la voluntad misericordiosa de Dios que salva, pues es una lección perfectamente expresada por Jesús, al borrar nuestros pecados por medio de su pasión, muerte y resurrección. Que nuestra meditación nos lleve a levantar los corazones en oración con las palabras de la sagrada escritura: *Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo quien, por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva* (1 P 1:3).

[1] Entre el monte del Templo y el monte de los Olivos en Jerusalén, está el valle de Josafat. Aquí, según el profeta Joel, Dios juzgará el mundo entero (cf. Jl 3: 1-3). Desde tiempos antiguos, muchas familias piadosas enterraron los muertos en este valle, esperando la resurrección de los muertos en el día del Juicio.

[2] Entre las numerosas tumbas que colman este cementerio está la tumba de Absalón. Este monumento funerario helenístico, levantado 47 pies encima del suelo del valle, es claramente visible. La historia, la leyenda y las costumbres hacen que esta tumba sobresalga entre las demás.

[3] Absalón, el tercer hijo del rey David, era su único hijo con sangre real tanto del padre como de la madre. Por su buena apariencia y encanto, ganó gran aceptación de su padre y la admiración de los jóvenes aristócratas de la ciudad real. Pero su vida no era tan aceptable.

[4] La historia de Absalón muestra una escabrosa tragedia de la debilidad humana: lujuria, incesto, engaño, aflicción, cólera, venganza, rebelión y traición. Cuando David falló al querer vengar la violación de Tamar, hermana de Absalón, Absalón tomó el asunto por su cuenta. Un líder con gran carisma, lideró una rebelión contra su padre, pero fracasó. Joab, general de David, lo mató en batalla. Su muerte produjo intenso dolor a David. Con grandes sollozos y lamentos, lloraba fuertemente, “¡ Quién me diera haber muerto en tu lugar, Absalón, hijo mío, hijo mío! (2S 19:1).

CARTA PASTORAL, CUARESMA 2014

[5] El corazón destrozado del rey David refleja apenas ligeramente el corazón herido del Padre que nunca cesa de amarnos cuando nos rebelamos contra él con nuestros pecados. Lo que David no pudo hacer, lo hizo Dios. En la Cruz, Jesús que es verdadero Dios, tomó nuestro lugar y murió por nuestros pecados para que pudiéramos vivir.

[6] A través de los siglos, se ha desarrollado una curiosa costumbre alrededor de la tumba de Absalón. Judíos, cristianos y musulmanes vienen a traer a sus hijos rebeldes allí. Los hacen arrojar piedras al monumento del hijo que levantó su mano contra su padre. Así, los padres quieren dar a sus hijos una lección inolvidable del destino de los hijos que se rebelan contra sus padres.

[7] Por los escritos de Josefo, historiador judío, sabemos que la tumba de Absalón era bien conocida en el siglo primero. En sus visitas a Jerusalén, Jesús pasó por allí muchas veces. No cabe duda de que la vio con sus propios ojos y recordó en su corazón el famoso pasaje del Deuteronomio que habla sobre el destino del hijo rebelde.

[8] Este pasaje dice: “Si un hombre tiene *un hijo rebelde y díscolo*, que no escucha la voz de su padre ni la voz de su madre, y le castigan y no por eso les escucha, su padre y su madre lo agarrarán y lo llevarán afuera donde los ancianos de su ciudad, a la puerta del lugar. Dirán a los ancianos de su ciudad: ‘*Este hijo nuestro es rebelde y díscolo, y no nos escucha, es un libertino y un borracho.*’ Y todos los hombres de su ciudad lo apedrearán hasta que muera. Así harás desaparecer el mal de en medio de ti, y todo Israel se enterará y temerá” (Dt 21: 18-21).

[9] Ley severa esta. Pero, en el contexto de su tiempo, es una expresión de justicia. En las sociedades antiguas, el padre era la ley. De hecho, en el Código Hammurabi (n. 168, 169), el padre tenía poder absoluto sobre la vida de su hijo. No así en la ley bíblica. El padre no podía ser juez, jurado y verdugo.

[10] Un padre cuya relación con su hijo ha sido mala, no puede proceder simplemente a acabar con él. Junto con su esposa, tiene que llevar el caso a los ancianos de la ciudad. Puesto que los ancianos conocen ciertamente en forma familiar a ambos, padres e hijo, están en una posición que limita cualquier daño que un airado padre esté tentado de infligir a su hijo. De este modo, la ley actualmente es protección de los derechos de un hijo acusado de rebelión.

[11] Jesús conocía el Deuteronomio. Él lo cita en su enseñanza más que cualquier otro libro del Antiguo Testamento. Seguramente conocía este pasaje bastante bien, pues lo usa como material en bruto para su conmovedora parábola del Hijo Pródigo. Mientras que el Deuteronomio hace enfadar a los padres con ira y venganza hacia la justicia, Jesús va más allá de la justicia hacia la misericordia.

[12] En la parábola de Jesús, la del Hijo Pródigo (Lc 15), el hijo menor despilfarra “su hacienda viviendo como un libertino” (v. 13). Devora “el dinero del padre con prostitutas” (v. 30). Es “un libertino y un borracho,” tal como lo describe el Deuteronomio.

[13] Cuando el hijo menor pide la hacienda que le corresponde, no está afirmando solamente su independencia juvenil. Dentro de la cultura de su tiempo, la hacienda pasa a los hijos después de la muerte del padre. Un hijo que pide la herencia correspondiente *antes* de la muerte de su padre, públicamente declaraba a su padre como muerto. Como dice S. Pedro Crisólogo: “El hijo se hastía de la propia vida de su padre. Puesto que no puede acortar la vida de su padre, trabaja para tomar posesión de su propiedad.”

[14] Al tomar en forma egoísta la parte de su herencia, abandona el hogar. Está pensando sólo en sí mismo. Rechaza la comunión de vida y amor que debería haber entre él y su padre. Como dice el Deuteronomio, él es realmente “*rebelde y díscolo*”.

[15] En la parábola de Jesús, el hermano mayor, con una enconada dosis de autocompasión, reconoce la enormidad de la rebelión de su hermano. Repudiando a su hermano menor delante del padre con la frase “ese hijo tuyo” (v. 30), hace eco a las palabras de los padres en el Deuteronomio, que repudian a su hijo rebelde delante de los ancianos con las palabras “este hijo nuestro.” Cada pecado que cometemos, aún el más secreto pecado, debilita nuestra relación con los demás. Cada miembro de nuestra familia sufre cuando nos alejamos de Dios. El corazón rebelde que se aparta de Dios directamente, nunca es una cuestión personal con consecuencias para uno solo.

[16] En el profeta Oseas, Dios habla de Israel su hijo rebelde, “¿Cómo voy a entregarte...cómo voy a soltarte?”

CARTA PASTORAL, CUARESMA 2014

Mi corazón se convulsiona...se estremecen mis entrañas. No daré curso al furor de mi cólera. Porque soy Dios, no hombre” (Os 11: 8-9). Para el padre del Hijo Pródigo, la palabra se transforma en obra.

[17] Cuando el hijo menor vuelve a casa, su padre lo ve venir desde lejos. El padre ha estado ansioso esperando este momento. Sus ojos han terminado fatigados, buscando en el horizonte a su hijo. Él corre hacia él, contentísimo.

[18] El hijo no regresa, arrastrándose ante su padre, pidiendo perdón, como es de esperarse. ¡No! El padre corre a encontrar a su hijo. El abandona su propia dignidad. Demostrando que su amor es más importante que insistir en el honor. ¡Qué poderosa declaración acerca de Dios!

[19] Dios se alegra al considerar el perdón de nuestros pecados como su honor. Cuando Dios perdona, no es porque tengamos algo en nosotros. Por lo contrario, como dice por medio del profeta Isaías, “ ¡Yo, yo mismo limpiaba tus delitos por mi respeto, y de tus pecados no me acordaba”¡ (Is 43:25). Dios en su gran amor, perdona nuestros pecados por respeto a su propio nombre (cf. Is 48:11). No merecemos el amor de Dios. Nosotros lo aceptamos.

[20] La ley del Deuteronomio demanda que el hijo rebelde sea apedreado hasta la muerte a las puertas de la ciudad. Por eso, el padre se apresura a encontrar a su hijo mientras él está aún fuera de casa. Lo abrazó con amor para que los demás no pudieran cumplir lo que la ley demanda en justicia. La misericordia de Dios siempre va más allá de lo que exige la justicia y concede el perdón al arrepentido. Nuestra contrición no siempre es perfecta, pero el amor de Dios si lo es.

[21] El padre abraza a su hijo, apretándolo a su corazón, besándolo una y otra vez como una madre colmaría de afecto a su niño. ¡Qué imagen tan grande de Dios la que Jesús nos da! Dios trasciende nuestras categorías. El que es Padre tiene dentro de su pecho un corazón de madre. Jesús conoce bien las palabras del profeta Isaías, “Como aquel a quien su madre consuela, así yo os consolaré.” (Is 66:13). Lamentando a Jerusalén y nuestros corazones pecadores, dice, “¡ Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina su nidada bajo las alas, y no habéis querido!” (Lc 13:34). Dios anhela nuestro arrepentimiento. “El arrepentimiento levanta de nuevo el alma caída, levanta al indigente, cura al destrozado” (S. Juan Crisóstomo).

[22] Impulsado por un vacío en su corazón, más doloroso que el atroz hambre en su estómago, el pródigo vuelve a casa. El ensaya una y otra vez su dolorosa confesión: “Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros” (Lc 15:18-19). El efusivo abrazo de su padre deja corto su bien preparado discurso. En adelante no pedirá ser tratado como un esclavo. A los ojos de Dios, somos mucho más que siervos (cf. Jn 15:15). En el bautismo, nos pusimos en Cristo y verdaderamente nos transformamos en sus hijos.

[23] Cuando por nuestros pecados empañamos nuestra dignidad de cristianos, el Padre está pronto para arroparnos de nuevo con su gracia por medio del sacramento de la Reconciliación. Sin embargo, igual que el hijo pródigo, necesitamos confesar nuestros pecados. Somos cuerpo y espíritu. Vivimos por la palabra y la acción. Necesitamos ser vistos y ser oídos. Necesitamos decir nuestros pecados en voz alta al sacerdote y escuchar las palabras de perdón pronunciadas por él en nombre de Jesús. Como enseña S. Atanasio, “Así como un hombre es iluminado por el Espíritu Santo cuando es bautizado por el sacerdote, de igual forma el que confiesa sus pecados con arrepentimiento del corazón obtiene su remisión por medio del sacerdote.”

[24] No es tanto que Dios no pueda perdonarnos sin la confesión con un sacerdote. Mejor, él nos ha dado este gran sacramento precisamente para encontrarnos con nuestra humanidad. Si pecamos como el hermano menor, separándonos gravemente de Dios, o como el hermano mayor, separándonos de los demás, la confesión frecuente nos abre al amor de Dios y nos ayuda a darnos cuenta de que somos miembros de la familia de Dios y no somos individuos aislados.

[25] El mismo amor que el Padre manifiesta al hijo menor, lo extiende al hijo mayor. Ante la egoísta insistencia por sus propios derechos, el padre cariñosamente le da una leve reprimenda. Lo invita a sentarse a la mesa, celebrando la alegría de ser una familia. Espera su respuesta. Él nos espera.

[26] ¡Ocupar nuestro puesto en la Mesa del Señor! ¡Ser parte de la familia de Dios! Es hasta ahí donde nos lleva la observancia de la Cuaresma. Durante los cuarenta días de la Cuaresma, profundizamos nuestra oración, practicamos el ayuno y aumentan nuestras obras de caridad (cf. Mt 6:1-18), para prepararnos para la Pascua.

CARTA PASTORAL, CUARESMA 2014

En esta solemne Fiesta de fiestas, nos juntamos con los recién bautizados, para unirnos con Jesús en su pasión, muerte y resurrección. Por medio del misterio pascual, Jesús hace que sea realidad en nuestras vidas la parábola del Hijo Pródigo.

[27] Cuando Jesús entra en su pasión, deja la última Cena. Camina cruzando el torrente Cedrón con sus discípulos hacia el huerto de Getsemaní. En el plenilunio de la Pascua, sus ojos se posan en la tumba de Absalón. Él recuerda la ley del Deuteronomio. De acuerdo a esa ley, los ancianos de la ciudad van a ejecutar la sentencia de muerte al hijo rebelde que ha sido “*un libertino y un borracho*” (Dt 21:20).

[28] “*Un libertino y un borracho.*” Los enemigos de Jesús lo han tildado así. Su ministerio ha sido bien diferente al del Bautista. No fuego. No azufre. Pero, misericordia y perdón. A esos que guardaban la ley meticulosamente, les ha dicho, “Los publicanos y las prostitutas llegan antes que vosotros al Reino de Dios” (Mt 21:31). Ellos le replicaron. “Ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores” (Mt 11:19). Lo juzgan como el hijo rebelde de Israel. Porque, según ellos, ha despilfarrado la rica herencia de la ley en los pecadores.

[29] Jesús sabe que su vida terrenal está a punto de terminar en la cruz. Tres veces durante su ministerio público, lo ha predicho (cf. Mc 8:31; 9:31; 10:32-34). En la última Cena, él interpreta el significado de su muerte inminente. Él es el Siervo Sufriente de Isaías, que descarga sobre sí los pecados de los demás (cf. Is 53:8). Como dice S. Pablo, “A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él” (2 Co 5:21). Jesús es todo lo nuestro: el pródigo, vacío, abatido y despojado de su dignidad por nuestros pecados.

[30] Sabiendo lo que ha de venir, Jesús ingresa al huerto de Getsemaní. Ora bajo los retorcidos y nudosos olivos, a la vez que los ancianos, con un torcido sentido de justicia, planean matarlo. El peso de nuestros pecados lo hace caer al suelo. Pero, se levanta con propósito y coraje.

[31] Jesús va a la Cruz, asumiendo él mismo nuestros pecados. Él es el Hijo que conoce la infinita misericordia del Padre que dice, “Este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido hallado” (Lc 15:24). Su camino hacia el Gólgota es la vía hacia la gloria. Y de esa manera Jesús “se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre” (Flp 2:8-9).

[32] La Cruz de Jesús es la vuelta del Hijo Pródigo, todos nosotros, a la casa de nuestro Padre. Porque, en los brazos de Cristo Crucificado, encontramos al Padre que corre a nuestro encuentro. Nos abraza con su amor, a la vez que tratamos de pronunciar nuestras palabras de arrepentimiento. Su amor nos arrolla. Él nos invita a la Eucaristía. Sentados en el lugar correcto en la mesa del Señor, compartimos ya el banquete del Cordero, sacrificado y resucitado, donde un día veremos la gloria que nunca termina.

Dado en el Centro Pastoral de la Diócesis de Paterson, el Miércoles de Ceniza, el cinco de marzo del año de nuestro Señor dos mil catorce.

+ Arthur J. Serratelli

+Arthur J. Serratelli, S.T.D., S.S.L., D.D.
Obispo de Paterson

Sister Mary Edward Spohrer SCC

Sr. Mary Edward Spohrer, SCC
Chanciller/Delegado de Religioso